

PRÓLOGO

Roma es quizá la única ciudad del mundo que padece el síndrome de Diógenes. Incapaz de deshacerse de todo aquello que considera suyo, como las víctimas enloquecidas por la enfermedad, la urbe ha hecho acopio durante dos mil quinientos años de un sinfín de cacharros y cachivaches que se amontonan e impiden caminar airosamente por sus calles, estorbando con angosturas el tránsito de una plaza a otra, o del portalón de un palacio a la fachada principal de la enésima iglesia.

Claro que esos cachivaches, rimeros de periódicos, bolsas de basura y ropa vieja amontonada que surgen por doquier en las casas golpeadas por ese triste mal, tienen en Roma forma de ruina clásica; de plaza caótica donde convive el recuerdo de Agripa con el *trash* más disparatado; de sucesión interminable de estilos arquitectónicos y restos de alcachofas tirados en la calle; de «artista» ambulante, de pordiosero y de momias de santos (y de santas); de relieves, de frescos, de mosaicos y de lienzos en danza surrealista dentro y fuera de viejos y nuevos templos en los que ya pocos encuentran paz y consuelo.

Hasta los escaparates de anticuarios y librerías de viejo tienen algo de despacho desordenado del pasado, allí donde se vende, por un precio muy superior a la verdad del objeto, la ilusión de poseer retales de una historia que repica su badajo en cada esquina, incluso para aquellos que, sordos a la llamada de las campanas, utilizan sus compras como *status symbol*.

Muchos museos ocupan en esta ciudad palacios donde en un tiempo se decidía sobre la vida y la muerte de cientos de desgraciados. En casi todos, una ventana permite que nuestros ojos sobrevuelen paisajes que paralizan por su belleza como paraliza la mirada secular de Marco Aurelio, situado hoy en una sala de los Museos Capitolinos, junto a la cabezota de bronce de Constantino y la vieja loba que amamanta eternamente a Rómulo y Remo (aun siendo una escultura de la época medieval, porque esta ciudad juega siempre con la ficción de su pasado).

En tantas salas de esos museos el síndrome de Diógenes es tan evidente que todo es susceptible de ocupar una vitrinita: de la magna obra al fragmento insignificante de cerámica y vidrio. Cientos de miles de sarcófagos se exponen para recordar que la ciudad, *caput mundi*, era una urbe superpoblada y necrótica. Los mármoles y bronces son tantos que en ocasiones se tiene la certeza que se exponen porque no tienen un mejor lugar donde guardarlos, seguramente porque los húmedos sótanos están repletos de bolsas cargadas con las tierras trasegadas durante siglos de excavaciones y expolios que nadie quiere tirar.

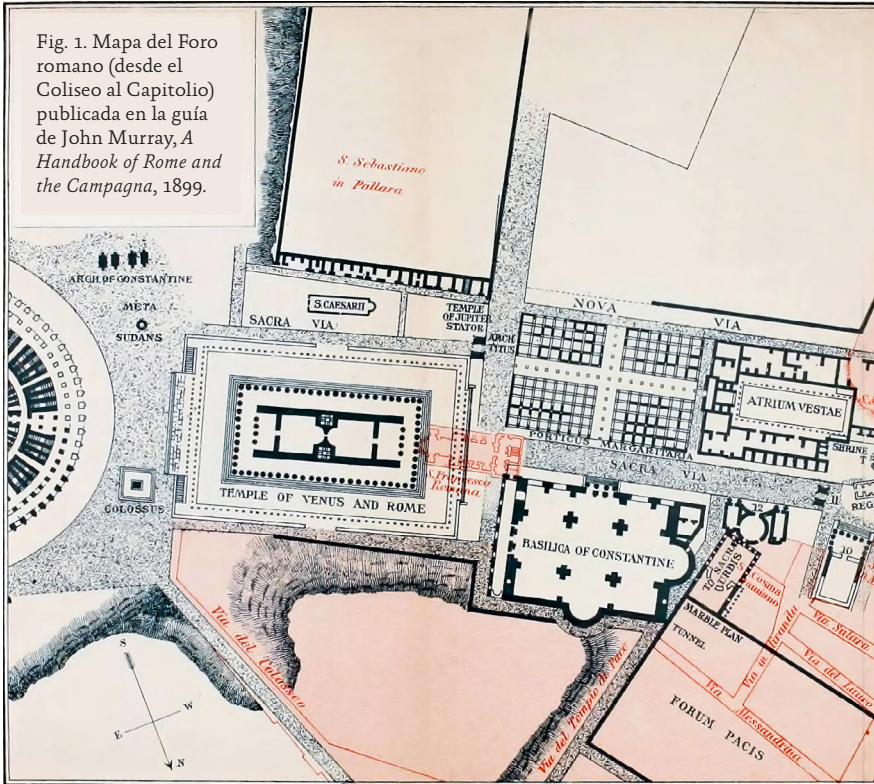
En las calles la sensación no es muy diferente, las columnas romanas dialogan con las cúpulas cristianas, los coches lo invaden todo y desde sus hornacinas las pobres vírgenes cubiertas por siglos de mugre siguen sosteniendo a sus niños, con igual ternura, ante mí como ante los soldados de las tropas del emperador Carlos que saquearon Roma hace ya medio milenio.

En algunas ocasiones las modas, los intereses creados por falsos profetas del gusto, incluso la propaganda del poderoso de turno, han maltratado ciertas zonas. En ellas se han ejecutado reformas, limpiezas y otras revoluciones que han quitado la poesía que durante siglos el síndrome de Diógenes había sido capaz de ir hilvanando.

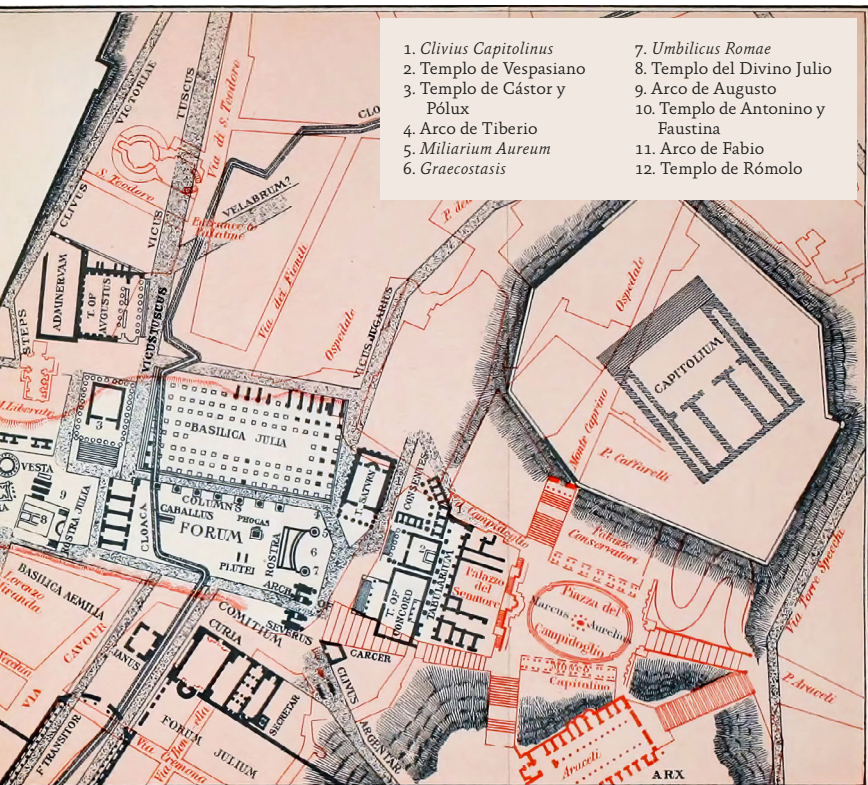
Si alguien quiere recuperar el sabor de lo pretérito, es decir, conocer cómo el tiempo fue cosiéndose a la piel de la ciudad, con las roñas y heridas que deja siempre la vida, tendrá que recurrir a los antiguos dibujos y grabados, que no documentan todos los robos y expolios sufridos por Roma, pero que dan una idea cabal de cuánto se ha ido modificando en ese palimpsesto que es la urbe que fue y es Ciudad eterna y sigue siendo Roma, esas cuatro letras que trazadas sobre un papel apenas si necesitan añadidura porque tanto expresan solas, como escribió Ramón Gaya en su cuaderno de viaje.

Este libro no quiere ser otra cosa que la biografía de uno de los lugares más significativos de la ciudad del Tíber, el Foro romano, es decir, el rectángulo que cierran por sus lados cortos el paredón del *Tabularium*, ya en el Capitolio, y el arco de Tito; y por sus flancos, la asperidad del Palatino y, al otro lado, las iglesias y edificios que se asoman a la misma plaza del Foro y dan su espalda a los Foros Imperiales [FIG. 1]. Una historia que comenzaremos en el año 400 y llegará hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y que nació de la impresión que he tenido cada vez que he visitado el Foro de encontrarme ante un lugar de mentirijillas

Fig. 1. Mapa del Foro romano (desde el Coliseo al Capitolio) publicada en la guía de John Murray, *A Handbook of Rome and the Campagna*, 1899.



nada piadosas. Entre sus ruinas, entre las excavaciones de la época del *Risorgimento* o paseando a través de espacios reconstruidos en los años cincuenta del siglo XX (como el del templo de Vesta), no me extraña que la gente piense que los bárbaros dejaron Roma hecha una piltrafa en los días de sus saqueos, arruinando sin remordimiento todos los magníficos edificios clásicos y empeñados en gobernar una ciudad de columnas arrumbadas y entablamentos caídos, cortados como barras de mantecado helado. ¿Cómo explicarles que el



resultado de esas excavaciones es una tramoya? Que la vida siguió tras el imperio, llenando de nueva vida y de construcciones un espacio que solo lentamente fue cambiando de piel. Que las ruinas no se arruinan todas al mismo tiempo...

Para intentar dar respuesta a esas y a otras preguntas no he encontrado forma mejor que la de escribir este texto que repasa quince siglos de historia de una plaza fundamental para entender el complejo y lento desarrollo de las lógicas del poder, de la espiritualidad,

la propaganda, la economía y la sociedad de una Roma que no dejó nunca de ser meta de miles de personas atraídas por mil intereses distintos.

* * *

Este libro me ha acompañado durante muchos meses. Empezó a tomar forma en una conferencia que realicé en la Universidad de Salamanca gracias a la invitación de Iñaki Martín Viso y se fue perfeccionando en un seminario a distancia organizado por el presidente del Instituto Alavés de Arqueología, Rafael Varón, a quien agradezco, como a Bingen Urquijo, la atenta lectura del texto. No quiero olvidar la generosidad de Beatrice del Bo, profesora de la Universidad de Milán, cuya ayuda resultó fundamental para el acceso a algunas bibliotecas y archivos milaneses, y la de Marcella Culatti, responsable de la fototeca de la Fundación Federico Zeri de la Universidad de Bolonia, por haberme facilitado la investigación en sus fondos. Agradezco la ayuda prestada por Margarita Alonso Campoy, bibliotecaria de la Academia de España en Roma, mientras trabajaba en el último capítulo de este libro entre las paredes de ese lugar mágico. Josu de Miguel Bárcena hizo mucho para que todo ese esfuerzo pudiese ver la luz. Gracias a su generosidad, he podido conocer a mi editor, Manuel Rosal, que ha hecho realidad, papel impreso y vivo, esta aventura intelectual. A ambos va mi gratitud infinita.

1. EL FINAL DE UNA ROMA SIN FIN (400-710)

Todo empieza con una fecha. El 4 de septiembre de 476, el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augusto (lo de *Augústulo* fue un apodo cargado de mala intención que tuvo y sigue teniendo fortuna), era capturado y depuesto de su dignidad imperial en Rávena por el general de origen hérulo Odoacro. El golpe militar no terminó ahí: Odoacro exilió al joven emperador; envió sus insignias imperiales a Constantinopla, reconociendo *de facto* la superioridad política y la autoridad sobre Occidente del *Augusto* de Oriente, y se proclamó rey de Italia. Desde entonces, los últimos días de aquel verano de 476 representan una de las fechas más repetidas de la historia de Roma y de la historia universal; sinécdoque del dramático final de la civilización clásica asesinada por los «bárbaros». En ese contexto, el 476 explicaría, por sí solo, por qué están reducidos a terrible ruina los grandiosos monumentos que ilustran manuales, libros y documentales cuando quieren dar noticia del final del mundo clásico. Pero ¿ese año tuvo semejante repercusión? ¿Los 'barbaros' arruinaron el esplendor monumental de la Roma clásica? [FIG. 2]

Casi nada empieza *solo* con una fecha. Para todos aquellos que no participaron de forma directa en el golpe de Odoacro, aquel 476 no significó mucho, más allá del enésimo episodio en el sangriento juego de



Fig. 2. Recreación del Foro romano de la Antigüedad, realizada por Theodor Josef Hubert Hoffbauer en 1914.

poder por el control de los resortes de la autoridad imperial, una tradición tan romana como el mismo César. Rómulo tuvo suerte. Fue de los pocos que no pagó con la vida su altísima posición política. Abandonó la escena en dirección al sur, hacia un exilio bien pagado

en Nápoles. De hecho, y a pesar de cuanto la *vulgata* ha difundido, Rómulo no fue, ni siquiera, el último emperador romano de Occidente. Su ascensión al poder fue debida a un golpe de Estado orquestado por su padre, Orestes, contra los intereses del emperador Julio Nepote, que a pesar de ello siguió ejerciendo su dignidad hasta el año 480 en otros espacios de la *Pars Occidentis* de aquel viejo imperio, si bien muy reducidos desde un punto de vista geográfico, extendidos por la actual Croacia.

¿Y Roma? ¿Cómo vivió la ciudad aquellos años de inestabilidad política? La respuesta no es fácil. Roma no era ya capital del imperio, ni siquiera en Occidente: había sido sustituida en esas lides por Milán (286) y luego por Rávena (402). En Oriente, la fundación de Constantinopla había creado un nuevo polo de poder y autoridad que pronto alcanzó el rango de centro del imperio oriental, primero, y de todo el orbe romano poco después. Pero a pesar de ello, la importancia de Roma como símbolo de la *civilitas* romana y como cuna del imperio no había decrecido. Es más, Roma había conocido momentos de gran protagonismo político durante los siglos IV y V, como en los días de Majencio y Valentiniano III, que fue asesinado en ella en el año 455.

Ese magnicidio, por ejemplo, inauguró un tiempo más dramático que el que siguió al año 476. Los vándalos usaron la muerte de Valentiniano III como excusa para romper los tratados de paz y saquear Roma. Durante quince días, las tropas del rey vándalo Genserico (que controlaba desde 429 el norte de África, primero como federado del imperio, desde 439 como

autoridad independiente), tuvieron tiempo para despojar la ciudad de muchas de sus riquezas muebles y para secuestrar a una parte de la familia del difunto Valentiniano III. El de los vándalos no fue el primer saqueo de la ciudad durante el siglo V, tampoco iba a ser el último, pero sí fue el de mayor impacto ideológico sobre los intelectuales romanos y, para algunos de ellos, representó la fecha del final del imperio en Occidente.

Aquella Roma, que había soportado las violencias de Alarico en 410, volvería a ser escenario de otro asalto en julio de 472, cuando los soldados del *magister militum* Ricimero se dieron al pillaje por sus calles después de un asedio de casi cinco meses. Tras Alarico, Genserico y Ricimero, poco podía importar en Roma, y poco importó, la destitución de Rómulo Augusto y la autoproclamación regia de Odoacro.

Roma era entonces una ciudad habituada a la crisis, pero también a la resistencia y a la continuidad del gobierno de sus magistraturas sobre una urbe que, en 452, contaba todavía con más de 300.000 habitantes, lejos, es cierto, de los 600.000 de mediados del siglo IV, pero aún un número suficiente como para hacer de ella el centro más populoso de todo el Occidente.

Más allá de estos datos demográficos, siempre controvertidos, por su ambigüedad y por las débiles bases empíricas sobre los que pueden sostenerse, Roma vivió un siglo V de progresivo declive. Este dato es innegable. Sin embargo, no puede sostenerse que esas mermas económicas, ese retroceso en importancia demográfica y su menor complejidad social fuesen el

producto de un único momento histórico, de un conflicto reducido en el tiempo. Mucho menos que todo ello se deba atribuir a los «bárbaros», agentes externos, enemigos eternos de la civilización; a sus saqueos, a su rapacidad, a su incapacidad de participar del juego político *more romano*.

Entonces, ¿qué tipo de evolución vivió Roma, y con ella el Foro romano, durante ese siglo V? Situado entre el Capitolio, el Palatino y el Esquilino, el *Forum Romanum Magnum* era la *Regio VIII* en la división de la ciudad realizada por Augusto y, desde mucho antes de la imposición del principado, fue un espacio dinámico, al que se fueron añadiendo, hacia la zona del Esquilino, nuevos foros, hoy conocidos con el nombre de «Foros Imperiales». El Foro romano quedó, sin embargo, reducido a esa antigua plaza: cerrado a oriente por buena parte del área del *Templum Pacis* y del templo de Venus y Roma, podía presumir de siglos de historia en los que había sido sometido a continuas demoliciones, reformas y añadidos por los hombres fuertes de la ciudad desde los tiempos míticos y heroicos, casi de fábula literaria, de la monarquía.

Desde aquella remota época, el Foro romano fue siempre el corazón de la vida civil, económica y política de la ciudad. Allí surgía el Comicio republicano, allí se construyó la Curia del Senado con la que César obliteró el recuerdo de la Curia *Hostilia*; allí se exponían los mascarones de las proas capturadas al enemigo, utilizados como púlpito para los oradores (los *rostra*); allí tenía sede el templo de las vestales; allí se custodiaba el tesoro, dentro del templo de Saturno, y